

La Palabra de Dios nunca pasará:

Traducción según la Equivalencia Verbal: Retos y desafíos

Marlon Winedt

Sociedades Bíblicas Unidas

Curaçao

Charla, Sao Paulo 2011

En el campo de la traductología se han producido muchos cambios y ha habido desarrollos muy notables que han marcado pauta en la forma en la cual analizamos traducciones tanto seculares como de la Biblia. En este corto artículo solamente queremos apuntar algunos aspectos cruciales de estos desarrollos. Primero, daremos un resumen de la teoría de traducción según lo definió Eugene Nida en su teoría de traducción de equivalencia dinámica o funcional, después tomaremos tiempo para hablar sobre los desafíos que el idioma presenta a cada traductor por su carácter implícito y inferencial. En tercer lugar, tocaremos el tema de las ventajas y desventajas de traducciones de equivalencia formal o verbal, para concluir con una perspectiva que ve la traducción determinada por su objetivo, audiencia, registro de idioma y el encargo, implícito o explícito al traductor.

1. Teoría Funcional-equivalente

Eugene Nida, el famoso biblista y lingüística norteamericano marcó pauta en la práctica y teoría de traducción, cuando introdujo, con Charles Taber, un resumen y aplicación de una nueva forma de ver la traducción como lo hacían en el campo de la traducción de idiomas clásicos, es decir enfocado en el significado de las palabras o oraciones y no tanto en la forma (*La Traducción. Teoría y Práctica*. E. A. Nida & Ch. R. Taber: Ediciones Cristiandad, 1986; original en inglés de 1969). Esta dicotomía entre la connotación o la denotación de un vocablo, sería la base principal de esta teoría y además su punto más disputable. También se ha disputado mucho el hecho que los autores se fijaron en la traducción a nivel de oraciones y palabras, en vez de unidades más amplias de comunicación, carencia que Nida corrigió después en sus escritos posteriores. Lo mismo es cierto que en su primera presentación había un enfoque exagerado en los aspectos lingüísticos de la traducción; otros aspectos – como el enfoque en el trasfondo cultural del idioma – también fueron elaborados por Nida y otros después.

Se puede dar diferentes ejemplos como una traducción literal, basada en la forma, no necesariamente comunica con la audiencia moderna. Por ejemplo, en el libro de Amos 4:6 el texto de Almeida dice literalmente:

“Também vos deixei de dentes limpos em todas as vossas cidades e com falta de pão em todos os vossos lugares; contudo, não vos convertestes a mim, disse o SENHOR.”

Para el lector moderno que no conoce el contexto del mundo antiguo, este texto pudiera ser entendido como una llamada a la higiene bucal, y se puede preguntar como esto puede ser un castigo. Como que en nuestro tiempo moderno, *tener los dientes limpios* es un valor positivo.

Pero sabemos que en la antigüedad no había esa conciencia de higiene bucal y que *tener dientes limpios* en ese contexto indica algo negativo. Resulta que se trata acá de un castigo de Dios en contra del pueblo; en la antigüedad era la carencia de comida (una hambruna) que conducía al estado de *tener los dientes limpios* por ¡no haber podido comer! Entonces aunque traducciones como Almeida en portugués, Reina Valera en castellano o Segond en francés tienen exactamente lo que dice el texto hebreo fallan en comunicar el significado de la forma del mismo. En ese sentido un texto que se basa en traducir según la equivalencia dinámica o en base del significado enfocará más en el significado y cambiará la forma. *La Biblia o Lengua de Hoje* traduce correctamente, siguiendo el significado:

6 — *Eu fiz com que faltasse comida em todas as cidades e que todos passassem fome, mas assim mesmo vocês não voltaram para mim.*

Esa traducción idiomática (según el significado) pierde la forma (“dientes limpios”), pero recupera el significado en buena forma. Entonces depende del propósito de la traducción; en cual parte quiere poner énfasis. Nida y su movimiento pro la comunicación del texto ha enfocado mucho en el significado. Y en verdad, dentro de un cuadro misiológico y de teología encarnacional ese método tiene su valor en esclarecer en diferentes formas el texto hebreo, aramaico y griego, tomando en cuenta el mundo cognitivo de la audiencia, es decir, el lector moderno.

Al polo opuesto de una práctica de traducción según la equivalencia funcional (según el significado) tenemos la práctica tradicional de tratar de traducir palabra por palabra o según la equivalencia formal. En los dos casos, se trata de una aproximación de índole no precisa, seguro no matemática, pero más bien de uso de idioma en su contexto. En el caso de idiomas indo-europeas que se parecen al griego y hebreo en algunos aspectos, como el uso de nominalización de verbos (palabra como: justificación, gracia, absolución), es más fácil transferir la forma en ciertos aspectos. Aunque hay que subrayar que aun esos idiomas, como el castellano y el portugués, no pueden reproducir todos los aspectos gramaticales del hebreo. Por ejemplo, el hebreo tiene la forma causativa de los verbo (*hifil*) que en Portugués o Castellano hay que hacer de forma sintética: “Pedro causa que Maria haga tal y tal.” Otro ejemplo, el griego tiene la voz media que no se puede traducir muchas veces en otro idiomas tal como tal. Hay partículas gramaticales que indican estado de ánimo, veracidad y aspectos de discurso en los idiomas bíblicos y no hay equivalentes verbales en nuestros idiomas para esas partículas.

Antes de seguir con en el tema de traducciones de equivalencia formal o verbal, las ventajas y desventajas de ellas, es necesario hacer una excursión al tema del lenguaje en general. A menudo, en las polémicas que se presentan sobre traducciones de la Biblia, el detalle esta en un concepto equivocado del idioma humano como tal y falta de conocimiento lingüístico y socio-lingüístico del mismo. Hay conceptos basados en un paradigma equivocado de cómo funciona el idioma y la relación entre palabras, objetos o eventos en la realidad y su vínculo con la cognición humana. Es decir hay una relación compleja entre las palabras que usamos para comunicar y referirnos al mundo a base del esquema mental que manejamos. Por eso es,

que la equivalencia semántica, es decir de palabras, no es algo rígido; siempre depende del contexto. En cierto sentido no existen palabras completamente sinónimas, ya que aunque tienen la misma denotación no necesariamente tienen la misma connotación. Por ejemplo, la palabra *caballo* en inglés es *horse*, y aunque refiere al mismo animal, para alguien de una comunidad rural la connotación de la palabra no es la misma como alguien en un ambiente urbano. Además, la imagen mental que un hispano-parlante tiene de un *caballo*, puede ser muy diferente a la de un anglosajón. En realidad, los lingüistas nos enseñan que en idiomas naturales no hay “sinónimos reales”, es decir palabras que tienen una equivalencia absoluta entre sí. Cuando un idioma tiene más de una palabra para referirse a un objeto, tema o atributo es porque hay una diferencia de denotación o connotación importante. Los idiomas en realidad no dicen nunca lo mismo, pero contextualizan semánticamente implicaciones que salen de contextos concretos del habla social. Tomemos como ejemplo las palabras: *amor-amar, cariño, afecto, caritas, querer, favorecer, apreciar*. Aunque pertenecen al mismo campo semántico, cada cual tiene su uso específico.

2. Desafíos pragmáticos del idioma

Uno de los desafíos más grandes del idioma es que aparte de sus aspectos fonológicos, semánticos, gramaticales tiene su mayor fuerza en su contexto de comunicación. Allí es donde hablamos de la pragmática. La pragmática se refiere al uso del idioma dentro de su contexto. La misma palabra puede tener diferentes significados dependiendo del contexto. Una frase no muy explícita puede ser entendida dentro de su contexto de comunicación. Tomemos el ejemplo de una familia donde los niños y el padre le gustan comer pizza todos los domingos, la siguiente conversación tiene todo el sentido del mundo:

- A. Padre: “Los niños quieren ir comer hoy”!
- B. Madre: “Yo no quiero comer pizza!”

La respuesta de la madre solo tiene sentido en el contexto dado arriba: C. *Casí todos los domingos los niños y el padre quieren comer pizza*. Aunque no se exprese explícitamente el contexto, ella infiere del contexto y niega una propuesta que no se ha expresado explícitamente en la expresión del padre. Entonces, la comunicación es inferencial. No es solamente cuestión de descifrar las palabras - decodificar un idioma -, pero hay que tomar en cuenta el contexto literario y más aun el contexto cognitivo. ¡Esto es también cierto y tal vez mas aun en caso de los textos bíblicos! En la teoría de relevancia de Ernst-August Gutt (*Translation and relevance: cognition and context*, 1991), se aplica un modelo cognitivo de conocimiento a la traducción, de la Biblia, donde la meta no es tanto de traducir forma o significado pero más bien de comunicar según la realidad del contexto cognitivo de la audiencia. Mas sabe la audiencia del mundo bíblico y del trasfondo histórico cultural, más puede interpretar la forma del texto hebreo. El traductor adaptará sus escojo traductológicos a base de lo que percibe ser el mundo cognitivo de su audiencia. En el texto: *Jehová me alzo los cuernos* (vea *1Sam 2:1*) para una audiencia que no tiene conocimiento del trasfondo cultural, la palabra “cuernos” no tiene significado o la

inferencia de la audiencia en muchos países Latino-Americanos sería de asociarlo, por ejemplo en forma jocosa con el dicho *ponerle cuernos a alguien*, en el sentido de cometer adulterio. Entonces, el traductor cuando se trata de una audiencia que no conoce la Biblia, escogerá una traducción como *El SEÑOR me dio fuerzas*. En esta teoría de traducción, la traducción según la equivalencia verbal solo tiene sentido para una audiencia que lo puede interpretar dentro del marco cognitivo del primer escritor o la primera audiencia. Y claro se puede ensanchar ese marco por medio de la predica, estudio Bíblico, material de apoyo, cursos, etc., etc.,. Y el traductor tiene como herramienta la posibilidad de ampliar el contexto cognitivo de sus interlocutores por medio de notas de trasfondo cultural, histórico y o lingüístico.

En las últimas décadas muchos han desmantelado la dicotomía de forma y significado, por su carencia de realismo práctico y sofisticación teórica. Lingüísticamente y culturalmente, el significado y la forma son tan intrínsecamente vinculados que es difícil separarlos. Y también hay que admitir que toda la teoría y discusión sobre la traducción se ha basado desde su inicio dentro del marco de idiomas Indo-europeas como lo son el griego, hebreo, aramaico y los idiomas del occidente. En muchos idiomas que no tienen la estructura indo-europea en su gramática, incluso su forma de armar textos en unidades de discurso, ya desde el inicio es imposible producir una traducción equivalente a la forma del “texto original”. En el caso de un idioma como el Patamuna, un idioma indígena, que se habla en la Guyana, no se puede decir: *Dios perdona nuestros pecados*; pero hay que describir la aseveración en esta forma: *Dios no va tomar en cuenta/ se va a olvidar de las malas cosas que hemos hecho*. No hay otra forma, pues no hay verb para el concepto *perdonar* o sustantivo para *pecado*. Esto es solo un pequeño ejemplo; los idiomas de diferentes familias abundan en diferencias entre sí y más aun en diferencias fundamentales y radicales con idiomas de otra familia de idiomas. En otras palabra, en Patamuna no se puede hacer dos traducciones, una literal y una idiomática, según el modelo Indo-europeo, es decir similar al portugués o al castellano, porque siempre la traducción va a violar o ir en contra de las estructuras sintácticas y semánticas del hebreo. ¡Ojo! Eso no quiere decir que un idioma no indo-europeo no puede tener más de un tipo de traducción, pero no dentro del cuadro de referencia entre forma y significado, según se ha propuesto bajo la hegemonía de una lingüística y exégesis puramente Indo-Europea. Eso significa que el paradigma de traducción de Nida y otros, por bueno que sea, tiene que ser mitigada y cualificada por una reflexión desde otras perspectivas culturales y idiomáticas. Desde esa perspectiva, de otros idiomas, se puede ver claramente que traducción es también una recreación y no puede ser un mero traslado de palabras de un idioma a otro.

De hecho, es interesante que la etimología de la palabra *traducir/traducción* en los idiomas romance, como el portugués, el francés y el castellano y italiano viene del latín: *traducere* – *pasar de un lado a otro*, compuesto por el prefijo *trans-* que significa *de un lado a otro* y *ducere* – *guiar, dirigir*. Y esa misma palabra lleva a cierta definición del proceso de traducción que no es verosímil. No que es del todo equivocado, pero tal vez no sea la mejor metáfora para describir la traducción como acto de comunicación entre comunicador y audiencia. Desde tiempo antaño nos llega el famoso dicho italiano: *Traduttore traditore*. Es decir: *Traductor, traidor*. Pues el traductor siempre va a *traicionar* una parte del texto, un aspecto gramatical o un aspecto del contexto; no puede comunicar todas las características del texto fuente al texto receptor en la misma traducción. Pero sí hay una aproximación posible que se puede hacer

entre idiomas y esa aproximación es suficiente para garantizar una comunicación efectiva. Hay que evitar el extremo de pensar que la traducción es una imposibilidad. ¡Sí se hace y siempre se ha hecho! El detalle es que nosotros tenemos que ajustar nuestras expectativas para con los resultados de cualquier traducción. Desde una perspectiva Cristiana tenemos que reconocer que nuestro conocimiento es limitado (1Cor 14:12) y que en todos los tiempos el Señor ha usado traducciones y todo tipo para la proclamar **la kerigma**. Esas traducciones históricas que han marcado pauta en diferentes idiomas, todavía tienen su valor y cargan en sí las huellas de una lucha con el texto que muchos lectores desconocen. Sí, también las traducciones clásicas europeas, que llamamos funcional equivalente/verbal o literales, nos dan testimonio que la actividad de traducción no se puede entender con la metáfora del traslado entre un idioma y otro, pero más bien es un proceso de comunicación donde la traducción misma adquiere un papel protagónico como texto auténtico dentro de una (nueva) comunidad de fe o una sociedad.

3. Ventajas y desventajas de traducciones de equivalencia verbal

Dentro del mismo campo de traducciones literales, o así llamadas formal equivalente o verbal equivalente hay un *gamma* de diferencias notables. Armando Levorati en un excelente artículo sobre la traductología ("*La traducción y las traducciones de la Biblia.*" en *Traducción de la Biblia*. Sociedades Bíblicas Unidas Volumen 2, número 2, Abril 1992), termina definiendo, e.o. tres tipos de traducciones de equivalencia verbal, sin usar esta terminología, como la son, la científica, la de equivalencia formal y las tradicionales. La traducción científica sería la que tiene solo como propósito elucidar el texto a servicio del erudito que quiere comentar sobre el texto en un idioma que no es la original. Este tipo de traducción es muy estilizado, menos fluido y carece de naturalidad en el idioma receptor. Muchas veces se trata de reproducir una concordancia verbal casi esclava al idioma original con fin de resaltar, por ejemplo, la red de resonancia etimológica – es decir la relación entre las diferentes raíces de palabras - que se puede encontrar en un texto hebreo o griego.

Levorati también menciona la traducción de equivalencia formal y hace un importante hincapié que hay traducciones que no necesariamente sacrifican el uso natural del idioma para reproducir la forma del texto. Hay muchas traducciones modernas que tratan hoy en día de combinar el uso literario y natural en el idioma recipiente, sin querer traducir un texto funcional o idiomático. En el campo de traducción en francés o castellano vemos una traducción como la Bible de Jerusalén (La biblia de Jerusalén) que se ha empeñado en combinar un registro alto de idioma, con una traducción natural aunque de equivalencia formal. La Nueva Traducción Holandesa (2004) fue traducida explícitamente dentro de un marco teórico que combina forma y significado, resultando en una reproducción aproximada donde se respeta mucho la integridad comunicativa y literaria de los diferentes géneros literarios; poesía es poesía y el texto de Ester no suena como la primera de Reyes.

Aparte de mencionar las traducciones de equivalencia funcional, Levorati hace mención de lo que él llama traducciones tradicionales. Bajo esta categorización podemos rubricar la Almeida en portugués, la traducción de Lutero en alemán, la Reina Valera en Castellano, la del Rey Jaime (KJV) en inglés y la de Segond en francés. Esas traducciones que han marcado pauta

en las iglesias, han resultado en todo un legado a nivel litúrgico, retórico y semántico, influyendo el vernáculo, la literatura y la teología. Estos tipos de traducciones como son de equivalencia formal, intentan traducir en forma concordante la misma palabra del hebreo o griego, sin adaptar la traducción a al significado, como consecuencia positiva que creyentes y feligreses pueden aplicar la concordancia tradicional para encontrar sus pasajes relevantes. Y por otra parte, podrían más fácilmente redescubrir ecos de significado en diferentes textos bíblicos que usan la misma palabra. También hay desventajas: el lector no necesariamente podrá recobrar el significado de la forma concordante. Por ejemplo, si la palabra hebrea *josed* siempre se traduce como *gracia*, eso ayudaría al lector en su búsqueda de textos comparativos; por otro lado, la insistente traducción de *josed* por *gracia* podría ofuscar el hecho que la misma palabra significa: *amor, misericordia, favor, bondad, cariño* dependiendo del contexto.

Ahora claro, hay que admitir que aun la mayoría de las versiones tradicionales no son tan sistemáticas en su aplicación de una u otra forma de traducir. Con frecuencia hay una variación de diferentes tipos de traducción, con la equivalencia verbal, como forma dominante. En otras palabras ninguna traducción tradicional es consistente; en realidad, es de hecho, imposible traducir siempre “literalmente”, como algunos pretenden. El orden mismo de las palabras en hebreo y griego, el sistema morfológico, y la semántica son tan diferente a la nuestra que nos obliga, incluso dentro del campo de traducción que se denomina “formal/verbal equivalente”, a abandonar la forma del idioma original y adaptar a la forma del idioma recipiente. Claro, como ya hemos indicado arriba, esta discrepancia se da con mayor vehemencia en el caso de idiomas que no son indo-europeas como lo son el griego y hebreo. Sin embargo, incluso en el caso del portugués y castellano, que sí son indo-europeos, tampoco se puede conservar en todos los casos la forma del idioma original.

Un ejemplo, de cómo las traducciones tradicionales, de equivalencia verbal, no siguen siempre la forma del idioma fuente, se encuentra en Salmos 23:2. El texto de Reina Valera (1960) dice: *En lugares de delicados pastos me hará descansar; junto a aguas de reposo me pastoreará*. El hebreo en realidad solamente dice *¡me guiará/ conducirá a aguas de reposo!* Diferentes traducciones ponen “pastoreará”, ya que interpretan la acción de conducir a aguas como acto típico del pastor de oveja. Y tomando en cuenta el primer versículo, hay motivos balidos para llegar a la traducción “pastoreara”. No es eso lo que queremos disputar; el punto más bien es que ¡las traducciones tradicionales tampoco son tan literales como muchos piensan! Otro ejemplo; en Génesis 29:1 dice literalmente el hebreo: “Y Jacob *levanto su pie* y fue a la tierra de los pueblos del oriente.” Ninguna traducción tradicional traduce literalmente en estos casos, pero lo solucionan con algo como: “Isaac se puso a caminar, comenzó a marchar, etc.”

En todo caso, por siglos las traducciones tradicionales han ayudado a diseminar la Palabra de Dios, han forjado comunidades de fe en idiomas vernáculo en un tiempo cuando en el inicio era el latín que dominaba. No solamente a nivel religioso, pero a nivel socio-lingüístico estas traducciones han formado los idiomas principales del occidente y el oriente europeo y han unificado muchas veces a grupos dialectales bajo una Biblia y un idioma unificado. Pues los historiadores están de acuerdo que, por ejemplo, con la traducción de Lutero se solidificó y se estableció el alemán como idioma unitario de diferentes dialectos y regiones en lo que hoy

llamamos Alemania. Traducir es estandarizar el idioma; traducir es escoger entre diferentes posibles variantes; el traductor decide los estilos, registro de idioma y el vocabulario que marcará el corpus en la cual está trabajando. El problema no es tanto el valor transcendental de estas traducciones - nada niega eso – pero la forma en la cual para muchos se convierte en seudo-original, es decir en vez de ser utilizadas como traducciones que son, se les atribuye una autoridad rígida y basada casi en un sentido de inspiración que en realidad según la fe Cristiana solo pertenece a los autógrafos, que dicho sea al paso no tenemos como tal, pero sí los miles de manuscritos que dan testimonio de la veracidad de la Palabra de Dios. Hay diferentes motivos para apreciar y incluso preferir una traducción de equivalencia verbal, sin embargo esos motivos siempre tienen que ver con el contexto de la iglesia, su tradición, y claro un concepto de traducción que desde el inicio parecía favorecer una traducción de equivalencia verbal. En realidad, cada traducción tiene su valor y también su uso; hay que admirar el trabajo que se ha hecho desde tantos siglos. La Reina Valera, la Almeida, siguen siendo joyas literarias y literatura emblemática, no solamente por ser textos religiosos para los cristianos. Admitir que traducciones de equivalencia verbal tienen su lugar en la historia del Cristianismo y de la humanidad no implica automáticamente que no haya lugar para actualizar esas mismas o elaborar traducciones completamente nuevas de diferentes matices. Hemos sido testigo de diferentes revisiones de traducciones como la Almeida, la Reina Valera, la Segond y el KJV. En verdad, tenemos que revisar nuestro concepto que hay solamente una correcta traducción. Tenemos que aprovechar las oportunidades que un mundo (pos)moderno, con todos sus retos de comunicación y avance tecnológico, nos brinda. No podemos darnos el lujo de limitar a la Palabra de Dios a solo una traducción tradicional o de equivalencia verbal. La encarnación de la Palabra tiene que seguir aun en nuestro tiempo, en diferentes idiomas, registros de idiomas, plataformas, medios de comunicación y para diferente grupos socio-lingüísticos.

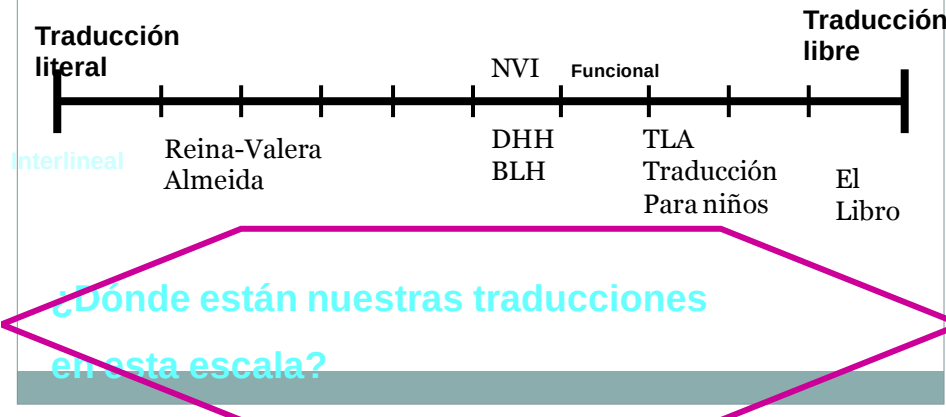
4. La traducción desde su Escopo

Este dilema de cómo seguir apreciando traducciones tradicionales sin cerrar el camino para otros tipos de traducción, se puede ver desde otra perspectiva. En primer lugar, hay que percatarse que los diferentes tipos de traducción, más que dos modelos completamente aislados y conflictivos son en realidad partes de un continuo de procesos de traducción. Se trata de una escala de diferentes traducciones. Por ejemplo en portugués se puede pensar en la *Almeida* como una traducción más literal y la *Biblia a Linguagem de Hoje (BLH)* o la *Dios Habla Hoy (DHH)* en castellano como una traducción más idiomática y la *NVI (Nueva Versión Internacional)* entre los dos, dependiendo de la versión en el idioma específico. La Biblia que en muchos idiomas lleva el nombre “*El Libro*”, se considera en algunos lugares de ser demasiado libre y más un paráfrasis. Pero siempre hay que averiguar en la traducción específica en el idioma específico; a veces hay diferencias palpables entre la “misma” traducción en diferente idiomas, producida por la misma agencia!

ESCALA DE TRADUCCION

Tipo de traducción:

¿Literal o libre? ¿Verbal equivalente o funcional equivalente?



Además traducciones combinan a menudo diferentes modelos de traducción dependiendo del género literario o los textos claves de carácter doctrinal o litúrgico para la iglesia. Por ejemplo, muchas traducciones de equivalencia funcional no aplican una política tan radical de traducción al significado con la oración de los discípulos, el padre nuestro, en Mateo 6, como es un texto tan anclado en la vida de la iglesia, principalmente cuando la traducción será la única en ese idioma. En idiomas mayoritarios donde hay múltiples opciones de traducciones de la Biblia, los traductores a menudo se sienten más libres a explorar los extremos de la teoría de traducción que están siguiendo. Por ejemplo, la primera traducción alemana *Güte Nachricht* (Buenas Nuevas), traducida según las pautas de la teoría de Nida de equivalencia funcional, ha traducido el concepto del **Reino de Dios** en diferentes formas dependiendo del contexto (p.e. en Mateo 6:33 “buscad primero de ponerse bajo Su gobernación” y en Mat 19:24 “el nuevo mundo de Dios”. Y dicho sea de paso, la traducción del **Reino de Dios** con “gobernación de Dios” y “el mundo nuevo de Dios” ya por sí sola, para muchos, son transformaciones radicales, pero el sentido en vez de la forma.

Al fin al cabo, la pregunta de dónde ubicar traducciones tradicionales o cualquier otro tipo de traducción moderno, es en realidad basada en una serie de preguntas más fundamentales que muchos creyentes y feligreses se hacen: ¿Cuál es la mejor traducción? ¿Será que una traducción de equivalencia formal es mejor o será que una idiomática es mejor? ¿Será que la traducción de *Reina Valera* en castellano o *Almeida* al portugués nunca podrá ser superada? ¿O será, por otro lado, que como una traducción es más literal y litúrgica y como tiene palabras menos común, que por definición es una mala traducción, para nuestra era? Aquí es donde la teoría moderna de **Escopo (skopustheorie)** nos puede ayudar. Esta teoría se basa en la

práctica universal de traducción profesional (secular) y es, como tal, una elaboración académica y científica de la realidad del gremio del traductor profesional. Entonces, la respuesta a la pregunta: *¿Cual es la mejor traducción?*, es una respuesta no absoluta y muy variable. Una traducción es buena o mala dependiendo de su propósito, su *skopos*, su finalidad, su objetivo. En ese sentido, es la función de la traducción, para el encargado, que determina su éxito. Esta teoría fue desarrollada en diferentes etapas por Reiss y Vermeer y después Cristiane Nord de Alemania (Reiss, K y Vermeer, HJ) *Grundlegung einer allgemeinen Translationstheorie*. Tübingen, Niemeyer, 1984. Nord, Cristiane. *Text Analysis in Translation. Theory, Method, and Didactic Application of a Model for Translation-Oriented Text Analysis*. Amsterdam/Atlanta GA, Rodopi, 1991)

La teoría de *Escopo* ha ganado mucha acogida en la práctica de traducción de la Biblia. También ha recibido crítica que ha conducido a nuevas elaboraciones. Por limitaciones del objetivo – ¡el *skopos*!- de este artículo de carácter introductorio, no podemos indagar más en este tema, pero básicamente implica que diferentes tipos de traducciones son legítimos dependiendo del propósito; hay que evaluar cada traducción según el encargo a los traductores o por lo menos lo que ellos percibieron de ser su encargo. En el caso de una traducción litúrgica, habrá otras pautas de evaluación, otras jerarquías de prioridades lingüísticas y retóricas que en el caso de una traducción que pretende tener como objetivo comunicar con, digamos, jóvenes. En el primer caso, tendríamos que juzgar, por ejemplo, si la poesía suena como poesía y si el texto hace eco de toda la traducción litúrgica de ese idioma, incluyendo si “se deja” musicalizar o proclamar fácilmente. En la segunda traducción, para jóvenes, esperamos encontrar una traducción que aunque sea poética y rítmica en este caso use palabras más simples o a lo menos más entendibles para ese grupo. En conclusión, Reiss y Vermeer hacen una diferencia entre equivalencia y adecuación. La traducción tiene que ser en primer lugar adecuada para su finalidad; si se requiere equivalencia eso podría ser una meta, pero el tipo de equivalencia depende del propósito del texto traducido. La funcionalidad de la traducción es el marco de referencia para evaluar críticamente y prácticamente cualquier traducción.

5. Conclusión

Vivimos en un mundo globalizado con muchos retos donde se esta rompiendo paradigmas. Estamos en realidad regresando al comienzo del texto bíblico que nos llego en primer instante en forma oral, en diferentes formatos de comunicación (primero en rollos y después en forma de “libro”, los códices). Después con la invención de la imprenta hemos identificado al mensaje de la Biblia con esa maravillosa plataforma: ¡el libro impreso! Pero otra vez estamos (re)descubriendo otros formatos de comunicación en forma de audio, en forma digital y incluso en forma de arte y música. Con ese descubrimiento nos llega también el reto y desafío de diferentes traducciones, diferentes métodos de traducción y diferentes necesidades de las comunidades de fe. Los textos clásicos de equivalencia verbal o forma seguirán teniendo un lugar privilegiado en el corazón de las iglesias. Incluso vendrán otras traducciones de este tipo, intentando recobrar los aspectos litúrgicos y literarios de los oráculos de Adonai. En todo esto,

no debemos olvidar las necesidades de las nuevas generaciones, de los pobres y analfabetos, de los grupos al margen de la sociedad que no encontraran en las traducciones como la Reina Valera o la Almeida un texto accesible, que les hable a sus corazones. La intención de traducciones tradicionales no ha sido nunca de monopolizar la comunicación de la Palabra de Dios en ningún idioma. Hay lugar para diferentes tipos de traducciones; al fin al cabo el objetivo es de comunicar la relevancia de esa Palabra transformadora, en una trenza de forma y significado, a todos y todas en nuestras comunidades y ojala que las traducciones, tanto tradicionales como las mas nuevas, a base de equivalencia funcional, nos ayuden todos y todas a apropiarse y hacer relevante en una vibrante relectura, las palabras de aquellos testigos del milagro de la comunicación divina y a la vez humana, del día de Pentecostés: *¿Cómo, pues, les oímos nosotros hablar cada uno en nuestra lengua ...? (Hechos 2:8). ¡Amén!*